

LA LUZ BERMEJA DEL OCASO

La moderna locomotora de vapor, perteneciente a la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, descargó toda una sinfonía de resoplidos antes de detenerse entre chirridos frente al edificio principal del apeadero. Después de una hora de viaje desde la madrileña Estación del Norte, cruzando el río Manzanares por el Puente de los Franceses, las colonias veraniegas de Pozuelo y algunos pequeños pueblos como Las Rozas o Torrelotones, Francisco y Benito llegaron a Villalba de Guadarrama.

Almorzaron en la posada villalbina de don Segundo Ortega, donde pagaron por adelantado el arriendo del coche *simón* que ya habían apalabrado días antes en Madrid. Mientras apuraba su café con leche, Benito recordó una cita poética de los *simones*, llamados así por el industrial gallego Simón Tomás Santos que había fundado la empresa de carruajes.

—“Hay en Madrid un simón que se alquila... no sé dónde, y tiene más aventuras que Gil Blas o don Quijote”.

El recitado hizo sonreír a Francisco, que identificó poema y autor.

—Disfruté mucho leyendo las *Escenas Matritenses* de nuestro añorado Ramón de Mesonero Romanos.

La brevísima charla literaria quedó interrumpida por el aviso del cochero, que ya había preparado caballos, arneses y tiros.

— ¡Este par de corceles nos subirán hasta el puerto!

A Francisco le pareció pretencioso el elogio del chófer a sus bestias; a él más bien le parecían rocines o jamelgos, algo desgarrados y de un extraño color rojizo.

Enfilaron con brío la carretera de Segovia por Navacerrada. Pasaron junto a la Venta de las Salineras y, tras dejar atrás el antiguo portazgo usado ahora como casa de peones camineros, tomó resuello la caballería frente a la Fonda de Navacerrada, donde suelen cambiar el tiro las diligencias de larga distancia. A medida que ganaban altura, más saltarines bajaban los regatos que escupían las cumbres y mejor se oteaba el horizonte salpicado de cimas y collados. De poniente a naciente podían admirarse con claridad Las Machotas, Abantos, Cuelgamuros, Salto el Lobo, Guadarrama, La Peñota, Montón de Trigo, la Fuenfría, Collado Ventoso, Siete Picos, Guarramillas, Maliciosa,

Cabezas de Hierro, La Pedriza... también algunos pueblos serranos, desde San Lorenzo, Guadarrama, Los Molinos y Cercedilla a poniente, hasta Manzanares y Cerceda por levante; con Madrid a mediodía, brumoso e indefinido. El valle se fue estrechando y el camino se volvió bruscamente empinado y abrupto a partir de las Ventas de Cercedilla. Los animales resollaban, sofocados por el esfuerzo y el calor. Los dos viajeros soportaban a duras penas el zarandeo, confiando en la pericia de quien ahora parecía un auriga a las riendas de su cuádriga. La calesa continuó traqueteando por la exigente y pedregosa pista que serpenteaba entre el denso pinar hasta alcanzar los casi mil ochocientos metros de altura en el puerto de Navacerrada, tal y como Francisco comprobó en su altímetro Vogel. Los alazanes habían llegado al alto y su dueño no podía ocultar la satisfacción por no haber defraudado a tan ilustres pasajeros.

Junto a un tinglado abandonado de la Guardia Civil, el ventorrillo ofrecía frutas, pan, embutidos y vino. Compraron vituallas y bajo un sombrero junto a la fuente repusieron fuerzas mientras las monturas pacían hierba fresca. Adormecidos por el sopor de la sobremesa y el caldo, se dejaron abrazar por la siesta. Una batahola cantarina de abejarucos, oropéndolas, currucas y ruiseñores clausuró el asueto a media tarde. Desperezados, optaron por ascender a pie las escarpadas llambrias del Guarramillas sobre canchales de granito jaspeados de piornales y colchones de enebro rastrero. Francisco ascendió sin apenas esfuerzo y Benito, jadeando. Los dos eran ya sobradamente cuadragenarios pero la dura rampa dejó bien claro quién frecuentaba las laderas serranas y quién apenas salía de la ciudad.

Los ventisqueros sirvieron de refresco después del esfuerzo. A un canario como Benito le resultó exótico y divertido palpar la nieve en pleno estío. Desde los más de dos mil metros que marcaba el Vogel, pudieron avizorar nítidamente, además de Madrid y Segovia, los Montes Carpetanos, con su techo, que también lo es de la Sierra de Guadarrama: el Peñalara.

—“Hay en la España Citerior un monte, Canato los antiguos le llamaron, y hoy Peñalara” —recordó Benito a su admirado Moratín con el *Poema de la Caza*, embelesado por el paisaje.

Avistaron a los pies del coloso el majestuoso Valle del Lozoya, comarca segoviana tan solo unas décadas antes.

—Don Benito —Francisco parecía iniciar una de las deliciosas tertulias como las que compartían en el Ateneo madrileño de la calle Montera.

Benito asintió sin dejar de contemplar el espectáculo serrano.

—Cada verano recorro estos parajes durante días con grupos de alumnos, tratando de que no solo aprendan a conocer el entorno; también a amarlo.

—Lo sé. Es brillante la tarea que llevan ustedes a cabo, don Francisco.

—Sin embargo, siento que lo que hacemos en la Institución Libre no es suficiente —Benito apartó la mirada del paisaje y centró la atención en su amigo.

— Cuénteme, por favor.

—Usted, don Benito, además de uno de los mayores literatos que ha dado este país, es diputado en Cortes. Es decir, tiene el poder de cambiar las cosas, de legislar para proteger las maravillas que la naturaleza nos ofrece. Desde hace tiempo se ha tratado de defender la foresta de los que solo buscan su beneficio privado y no el común. Permítame una pincelada de historia. Los cartujos del Paular, por ejemplo, llegaron a este valle hace casi cinco siglos y tenían solo los derechos de pasto de sus ganados. Mas los monjes comenzaron a talar pinos, que vendían en las tierras del Señorío de Buitrago. Los pleitos de los segovianos no se hicieron esperar y la Cartuja tuvo que ceder. Tiempo después, Carlos *El Hechizado* se dejó manipular y otorgó al monasterio la propiedad de la arboleda, cayendo en saco roto las demandas segovianas. La poderosa Cartuja explotó entonces la pineda sin que nadie pudiera oponerse, salvo una estrecha y remota franja, la Cinta de Peñalara, que permaneció a salvo. Después de la desamortización de Mendizábal, el monte fue vendido a la Sociedad Civil Belga de los Pinares del Paular, hasta hoy.

— ¿Y cuál sería la solución a tanto afán?

—El bosque puede rendir usufructo, pero siempre dentro de un orden. Su provecho como madera no debería impedir otros fines como el mero recreo o la enseñanza. Estoy seguro que en pocos años se contarán por miles los que suban a estas cumbres para deleitarse con el aroma de jacintos y narcisos o los vivos colores de lirios y dedaleras. También habrá grupos de alumnos y profesores, como los que organizamos en la Institución, que recorran a pie

estos senderos y aprendan a respetar la naturaleza, a convivir con ella, a amarla. Pero como le digo, don Benito, el uso del monte no puede ser un fárrago. Y me temo que llegará a serlo.

— ¿Qué se le ocurre que yo pueda hacer en las Cortes?

—Con el hilo de las leyes se puede y se debe trenzar una urdimbre que proteja esta frágil belleza. Resguardarla de la plétora de irresponsables que la arruinarían por ignorancia o avaricia. El brazo de la ley en la montaña son los capataces de cultivos, los que antes conocimos por guardas de campos y sembrados, monteros, fusileros guardabosques o celadores de montes, que desde la Ley de Mejora y Repoblación de los Montes Públicos deben perseguir y denunciar a quien los dañe. Su salario es escaso y en ocasiones se dejan corromper por los avaros. Pero no será suficiente si nos quedamos ahí; fíjese como los gobernantes de un gigante de cincuenta millones de súbditos como son los Estados Unidos de América ya han decidido custodiar una parte de su territorio como si fuera un baluarte de su patrimonio natural.

La mirada interrogante de don Benito invitaba a desarrollar la respuesta.

—Yellowstone, al noroeste del país, es hace tiempo ya el primer Parque Nacional del planeta. Es decir, la propia nación como garante y escudo protector contra la rapiña, la barahúnda y la codicia, capaces entre las tres de comprometer en beneficio particular el futuro de algo que es de todos. Y Yellowstone no será el último. Aquí debemos seguir esa senda marcada por los norteamericanos y conservar nuestro territorio. Hay multitud de espacios que lo necesitan: Covadonga, los Pirineos, el coto de Doñana, el Teide que corona sus Afortunadas o las cumbres de Guadarrama deberían ser parques nacionales invulnerables a la ambición destructiva.

—Mire usted, don Francisco. Hace años que el Arcipreste de Hita me tentó a “provar la syerra” con su Libro de Buen Amor y hoy usted me ha permitido cumplir ese anhelo. Igualmente llevo un tiempo sopesando un giro en mi escritura; un viraje inspirado en el naturalismo, el Positivismo de Comte, el Evolucionismo de Darwin, las ciencias naturales. La excursión de hoy no solo me reafirma en este derrotero, sino que este antillano diputado, con semejante coliseo guadarrameño como testigo, asume la responsabilidad de llevar a la sede de la soberanía popular la necesidad de conservación de nuestro patrimonio natural. Tiene usted mi palabra.

—Don Benito, pasarán cien años de su muerte y aún se ensalzará su legado, se releerán Doña Perfecta o Fortunata y Jacinta, se celebrará su paso por este mundo. Pero esta empresa va más allá. Merece la pena abanderar una causa que trasciende lo humano. La luz bermeja del ocaso desde esta atalaya de la Sierra de Guadarrama solo confirma nuestra insignificancia frente a la magnanimidad y hermosura de ella: la naturaleza.

En silencio, descendieron hasta el puerto de Navacerrada donde el cochero esperaba impaciente el momento de partir. El crepúsculo ya había derrotado al día cuando el *simón* encaraba las calles de Villalba. En la posada de Segundo Ortega aguardaba el anfitrión a sus dos huéspedes para la cena.

Hipatia

ESTE RELATO FICTICIO RECREA UNA VISITA SERRANA DE FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS Y BENITO PÉREZ GALDÓS A LA SIERRA DE GUADARRAMA QUE NO ES VERAZ PERO SÍ VEROSÍMIL, DADA SU AMISTAD Y AFINIDAD. EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DEL ESCRITOR, SIRVA ESTA NARRACIÓN COMO HOMENAJE.